

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

There Will Never Be Another You: el duelo, entre la soledad del trabajo y la singularidad de la ausencia.

Baquero, Tomas.

Cita:

Baquero, Tomas (2024). *There Will Never Be Another You: el duelo, entre la soledad del trabajo y la singularidad de la ausencia*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/265>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/WCN>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

THERE WILL NEVER BE ANOTHER YOU: EL DUELO, ENTRE LA SOLEDAD DEL TRABAJO Y LA SINGULARIDAD DE LA AUSENCIA

Baquero, Tomas

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

A partir del disparador de una canción de jazz, tal como es interpretada por Chet Baker, este trabajo se propone un recorrido por algunas concepciones en torno al duelo. En primer lugar, una brevísima reconstrucción de la problemática en Freud. Luego, una puntuación de las críticas y propuestas de Allouch. En tercer lugar, se trabajan algunos elementos centrales de la mirada de Melany Klein. Por último, introduciendo una mirada desde la historia cultural, con el trabajo de Ariès, se proponen algunas reflexiones actuales en torno al cruce entre estos distintos autores.

Palabras clave

Duelo - Allouch - Klein - Freud

ABSTRACT

THERE WILL NEVER BE ANOTHER YOU: MOURNING, BETWEEN THE LONELINESS OF WORK AND THE SINGULARITY OF ABSENCE Starting from the trigger of a jazz song, as interpreted by Chet Baker, this paper proposes a journey through some conceptions about mourning. First, a very brief reconstruction of the problematic in Freud. Then, a punctuation of Allouch's criticisms and proposals. Thirdly, some central elements of Melany Klein's viewpoint are discussed. Finally, introducing a look from the cultural history, with the work of Ariès, some current reflections are proposed around the crossing between these different authors.

Keywords

Mourning - Allouch - Klein - Freud

"There will be many other nights like this
And I'll be standing here with someone new
There will be other songs to sing
Another fall, another spring
But there will never be another you"
Gordon/Warren

Introducción: Freud en la voz de Chet Baker

There will never be another you (1942), escrita por Warren y Gordon, es una de las más populares canciones de jazz. Como todo *standard* ha sido grabado repetidas veces, en distintas versiones instrumentales y cantadas. Una de las más bellas es la

grabación en la voz y trompeta de Chet Baker, en 1954, para su disco *Chet Baker Sings*. [1] Como el título lo indica, la letra narra una pérdida, un amor que ya no está, pero de un modo sumamente especial que quisiéramos pensar como el señalamiento de una singularidad. En principio, la intraducibilidad de esa expresión es notoria: en español poseemos la frase "no habrá otra *como vos*", pero se trata de una desviación, pues la canción no dice "another *like you*", sino "another you" a secas. Es decir, "no habrá *otro vos*". Así, nombra la singularidad de una pérdida: no se trata de que se haya perdido el Amor, ni todas nuestras posibilidades de encontrarlo, ni la felicidad, ni la vida, ni un personaje que siendo *como es* ocupaba de modo que ningún otro ocupará cierto lugar predilecto. No se sitúa la nota sobre el drama: en la letra se lee que habrá otros labios que besaremos, otras noches como aquellas, incluso otros sueños que en muchos casos se harán realidad. Simplemente se nombra la singularidad de una pérdida: habrá otras cosas, pero no *otro vos*. Esta idea es acompañada por una decisión estética clara: un *medium tempo* algo apurado -diríamos incluso que sube el ánimo-, acompañado de una trompeta para nada melancólica y de una voz dulce y llana, sin exageraciones. De algún modo, siguiendo la máxima de Cohen para interpretar poesía: "di las palabras, transmitelas y hazte a un lado". [2] Es, digamos, una estética de la tristeza, pero bien entendida: aquella que no la rechaza ni la estimula ni la parodia, que simplemente permite habitarla como un paisaje y, también, un *tempo* que da un pequeño empujón para que la cosa no se estanque, para que -aun si lentamente- avancemos hacia otra parte. Sin el drama, sin la épica, sin las exageraciones forzadas, con un paisaje que sitúa las coordenadas precisas del dolor que -a diferencia del sufrimiento- se torna inevitable, la canción circunscribe los límites de lo que debe ser llorado: la singularidad irrepetible de lo que hemos perdido, y nada más. En torno a este eje disparador, quisiéramos presentar brevemente algunas discusiones en torno al duelo partiendo del canónico texto de Freud y de las derivas que ha tenido en Allouch y en Klein.

Para comenzar, reconstruyamos de un modo realmente breve la perspectiva freudiana presente en "Duelo y melancolía". En una palabra, el duelo es el proceso que se desencadena tras la pérdida de un ser amado o, como indica Freud, de una "abstracción equivalente" (1917, p.177): etapas de la vida, sitios en los

que hemos vivido, causas políticas. El examen de realidad que muestra la pérdida llama a un progresivo retraimiento libidinal hacia el yo acompañado del lento desinvertimiento del objeto perdido. Proceso de ensimismamiento que, por eso mismo, se caracteriza por una incapacidad de invertir el mundo, el cual se presenta como desencantado. Lo que distingue al duelo normal del patológico es, pues, que en el segundo este proceso toma un carácter de fijeza: el estado se mantiene y, además, se añaden fuertes reproches contra sí. Una de las más bellas características que Freud ha observado allí -en esa eterna disputa entre el principio de placer y el de realidad- es que nadie resignaría nunca un objeto de amor sin recibir algo a cambio, es decir, un pequeño rasgo con el cual conservar dicho amor. Algunos años más tarde encontramos en “La identificación” este punto: “la introyección del objeto en el yo” (1921, p.101). En términos generales, diríamos que somos el sedimento de alteraciones que han dejado todos los seres que hemos amado.

Por supuesto, este desinvertimiento de la persona que hemos perdido no es una tarea sencilla. Es proceso laborioso de rememoración, selección, recomposición del yo, que consume gran cantidad de tiempo y energía. Incluso un impulso, quizás manía dirá luego Klein. En este sentido, Fernández señala que muchas veces este trabajo de retracción libidinal -que carga sobre el yo en una suerte de tirón toda aquella libido que ahora insiste en el narcisismo- tiene la forma de una suerte de *arenga* del yo: “¡voy a seguir viviendo aunque ya no estés!” (2020, p.155). La dificultad en muchos casos, como Freud observa, reside en que este lazo no se compone solamente de la presencia efectiva de alguien: el objeto persiste en su existencia psíquica. De modo que, en todo caso, habría dos procesos: retracción de la libido, portación de la marca. Y esto es tan laborioso que, como ha escrito Freud, se asemejaría a un estado de “enfermedad”, pero “confiamos en que al cabo de un tiempo desaparecerá por sí sólo, y juzgamos inadecuado e incluso perjudicial perturbarlo” (1917, p.178).

La pregunta freudiana, con su especificidad y eficacia, se dirige a algo que no coincide con la persona: muchas veces, la persona -dice- “se sabe a *quién* ha perdido, pero no lo que con él ha perdido” (1917, p.179). El rasgo es también una forma de modelo, un sitio que una persona encarnaba para nosotros como actitud frente a determinados aspectos del mundo. Ella *para nosotros* será un punto de identificación, algo que va más allá de su persona y que nos compete. Ahora bien, es curioso situar allí que precisamente lo que parecería no estar tan subrayado es la reflexión sobre la singularidad de la persona en sí, considerándola una vía menor o menos interesante respecto a lo que era para nosotros. Esto, recordando por supuesto la brevedad de dicho escrito que, por demás, se ocupa más de la melancolía que del duelo. En este pequeño campo abierto nos interesarán esas dos direcciones. Por un lado, este trabajo laborioso en el mundo interno: para ello, quisiéramos tomar a Klein. Por otro lado, aquello que compete más bien a la libido de objeto, al vínculo efectivo

con aquello que no está y que, al irse, se lleva algo consigo que tal vez no pueda sustituirse nunca. Para este segundo punto, queremos tomar a Allouch. Luego, para cerrar, intentaremos recuperar el pequeño mapa para la escucha que se haya formado.

La muerte de sí: en torno a Jean Allouch

Es cierto que, en “Duelo y melancolía”, contra lo que esperaríamos una lectura desprevenida, Freud apenas sí caracteriza el duelo, y que éste está al servicio de la reflexión sobre la melancolía. De allí la necesidad, según la lectura que busquemos, de continuar esta lectura o bien con “Tres ensayos”, o bien con “La identificación”, como mencionábamos al comienzo. Esta baja sistematicidad, por oposición a otras categorías sobre las que Freud ha vuelto numerosas veces, permite una serie bastante amplia de lecturas divergentes. Así, en cuanto al *duelo* propiamente dicho, Allouch (1997) señala que Freud habría tomado una noción acrítica del mismo, más propia del aire de su época que de una conceptualización original. Curiosamente, no busca una confrontación directa, más bien parecería intentar un llamado de atención: ¿por qué esta concepción es aceptada casi acriticamente, no solamente en el ámbito psicoanalítico sino en general, como si fuera de? Hay dos puntos que en cierto sentido son solidarios entre sí que nos interesa ubicar de la crítica de Allouch.

En primer lugar, la puesta en cuestión del papel central del juicio de realidad. El autor sostiene que es dudoso que la ausencia efectiva de la persona amada pueda tomarse como punto de partida, ¿está efectivamente ausente? Esta lectura puntúa fuertemente sobre el rol de la libido de objeto en el duelo: si esta no es retraída como en el duelo normal, se da lugar a un campo no desdeñable de fenómenos que Allouch recupera con la noción freudiana de “psicosis alucinatoria del deseo” (1997, p.83). Por supuesto esto posee oscilaciones: el autor refiere, por ejemplo, a la sensación de haber visto a nuestro ser amado en una esquina, a la vivencia de que quizás al subir al colectivo le encontremos sentadx en algún asiento del fondo. La cuestión es, pues, limitar al menos en parte la fuerza que la “realidad” por sí misma tendría para empujar a un trabajo de duelo, allí donde la libido de objeto no se retirará hacia el yo tan fácilmente. La persona fallecida, nos dice, es más una persona desaparecida que un muerto: no es inexistente, simplemente no está, lo que es distinto a que la libido de objeto -en tanto sigue siendo de objeto- no tenga qué invertir. Y de aquí parte el segundo punto que nos interesa. ¿Qué consecuencia se desprende de este modo de acentuar la libido de objeto, a diferencia de la vía freudiana que, por así decirlo, se centraría más en la libido narcicista?

Centrándonos allí, en tanto se conserva este objeto en tanto ausente, la pregunta quizás sería cómo se da lugar a la singularidad de una pérdida. ¿Deberíamos pensar -como se sugiere en “Duelo y melancolía” si continuamos la vía del “reciclaje” libidinal hacia el yo- que en un duelo “el objeto de su amor es fundamentalmente un objeto sustituible”? (Allouch, 1997, p.49) Es decir, que

pasado el tiempo la libido estará nuevamente disponible para investir otros objetos, y que en esto reside el duelo no patológico. Añade, “Si pierdo a un padre, a una madre, a una mujer, a un hombre, a un hijo, a un amigo, ¿voy a poder reemplazar ese objeto? ¿No se relaciona precisamente mi duelo con él en cuanto irremplazable?” (Alloch, 1997, p.49). No es que esto esté ausente en Freud: la misma ausencia de sistematicidad en la noción de duelo freudiana quizás introduce por sí misma reparos. Allouch puede así, por ejemplo, rastrear en una correspondencia de Freud con Binswanger que, tras la muerte de su hija, habría confesado que tras ciertas pérdidas “uno permanecerá inconsolable, sin hallar jamás un sustituto” (Freud citado por Alloch, 1997, p.160). Ahora sí, en esta carta, Freud añade algo que, restituyendo la complejidad de la cuestión, coincide con la delicada tensión que la canción propone: “todo lo que tome ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá siendo siempre algo distinto” (Freud citado por Alloch, 1997, p.161). Lo que interesa, más bien, es sostener la radicalidad de esta vía centrada en la libido de objeto. Nos interesa entonces permitirnos estas lecturas simultáneas y divergentes sobre el texto freudiano, pues, a nuestro entender, esto interesa únicamente en la medida en que habilita nuevas preguntas clínicas, y no para continuar indefinidamente querellas sobre la exégesis freudiana.

La singularidad de la ausencia, el *there will never be another you*, nos interesa porque abre las puertas a un nuevo espacio de escucha e intervención. Lacan ha observado que no considera suficiente para comprender el duelo la definición freudiana de la identificación con el objeto perdido, que esta debe llevarse *un poco más lejos* (1963). La forma de ese avance se condensa en la expresión de que, para ese alguien, “yo era su falta” (1963, p.155). Se introduce así un punto de vista que no depende ya únicamente de quien atraviesa el duelo sino de la persona que hemos perdido, eso que *para ella* éramos: la cuestión no es el yo, sino el objeto. Eso es lo cual le éramos “preciosos e indispensables” (1963, p.155). Eso que nombrábamos como la singularidad de una pérdida parecería tener, en cierto sentido, dos caras. No sólo no estará la persona en sí (puesta en cuestión de la omnipotencia del juicio de realidad), sino que tampoco nosotrxs estaremos, en tanto lo que éramos para ella. El punto que Allouch no deja de señalar es que, en el duelo, algo de la propia persona se pierde. Así como no habrá *otro vos*, tampoco sujeto en tanto sujeto para ese otro, ante su mirada. Como indica Helga Fernández -que sigue la línea de trabajo de Allouch-, en el duelo está en juego “quién es alguien en uno y quién es uno en alguien” (2020, p.147) y, correlativamente, llama a “dejarse morir con el que murió” (2020, p.147). Esto, en un sentido muy especial, de algún modo inverso al freudiano: si es cierto que cierto rasgo del objeto amado se conserva sobre sí para poder acceder a resignarlo, también es cierto que algo de lo propio muere junto con esa pérdida. La *erótica* del duelo que Allouch (1997) propone, sitúa esta diferencia según la cual, si el análisis freudiano acentúa muy especialmente en la libido

narcisista, sería igualmente necesario dar esa misma intensidad de tratamiento a la libido de objeto. En todo caso, la ausencia efectiva del objeto sobreviene -si es que realmente lo hace- al final y no al inicio el proceso de duelo. Y si no lo hace, el desafío parecería ser escuchar este vínculo de amor que, al menos en parte, no será nunca resignado, y que aquello no implica la negación de la realidad, sino el reconocimiento de una existencia muy especial: lo que éramos para alguien. Dimensión que, si no la reducimos a la psiquis propia (diciendo, por ejemplo, “lo que yo me represento que era para alguien”) sostiene un vínculo que es de objeto, con unx otrx: una erótica del duelo.

El mundo interno: en torno a Melanie Klein

Melanie Klein, coincidiendo en los puntos fundamentales de la perspectiva freudiana -el papel del juicio de realidad y el rol de la libido narcisista-, añade como dimensión de análisis la serie de duelos que lx niñx atraviesa a edad temprana y que “reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso” (1940, p.347). Estos objetos serán, para la autora, por ejemplo, el pecho materno. Ahora bien, es necesario situar aquí por qué para Klein la relación con dicho objeto podría revestir este carácter de duelo, propio de relaciones objetales que en principio reservaríamos para estados más tardíos del desarrollo libidinal. Green destaca este componente -ya freudiano aunque acentuado por Klein- según el cual la existencia temprana de un objeto de amor no es equivalente a la clara distinción entre un sujeto y un objeto, de modo que se presenta más bien como “una parte proyectada del sujeto, en continuidad con él y sin verdadera separación” (2005, p.211). En este sentido, la pérdida de todo objeto posterior de amor guardaría una similitud en su dinámica con esta desgarradura del yo que implica la pérdida (acaso la separación momentánea, que es lo mismo) del primer vínculo con aquel otrx que nos sostuvo. El punto central quizás, que redobla la severidad de estos duelos tempranos, reside en el mayor peso que la fantasía ocupa en estos primeros vínculos de objeto para Klein, a diferencia de Freud (Segal, 1964). El temor a la pérdida de dichos objetos está revestido de un intenso juego de fuerzas de amor -en tanto objeto idealizado- y también de destrucción -en tanto objeto malicioso al que se buscaría destruir- que acompañan el estímulo que produce, por ejemplo, la necesidad de alimento. Fantasías que, en contacto con una realidad que apaña esta necesidad, o bien se ausenta en su función, se confirman e intensifican en uno y otro sentido: “la realidad externa es capaz de refutar ansiedades y penas en relación con la realidad interna” (Klein, 1940, p.348). En este sentido, y volviendo al inicio, el juicio de realidad tendrá un rol fundamental, pero íntimamente vinculado a este funcionamiento de la fantasía. Intentaremos a continuación que, a pesar de situarse fuertemente allí, no es sin embargo una lectura acrítica del rol de esta realidad.

Decíamos que los posteriores procesos de duelo estarán condicionados, entonces, por estas fantasías inconscientes de la

infancia: nos dice Klein que “la pena por la pérdida real de la persona amada está en gran parte aumentada, según pienso, por las fantasías inconscientes de haber perdido también los objetos ‘buenos’” (1940, p.355). La amenaza que vuelve, correlativa a la desaparición de estos, es la del primado de los objetos internos “malos”. Junto con ellos, para la autora lo que se presenta es la reedición de los temores vinculados a ellos, como el temor al castigo propio del tiempo edípico. Una tarea muy concreta propia del trabajo de duelo, en línea con Freud pero bajo esta forma mucho más específica, es la de “reconstruir ansiosamente el mundo interno que se siente en peligro de deterioro y desastre” (1940, p.356). Esto lleva a la autora a la aseveración de que “el sujeto en duelo atraviesa por un estado maniaco-depresivo modificado y transitorio” (1940, p.356). Se desata un desafío análogo al de la posición depresiva en la neurosis infantil, donde el sujeto ahora adultx deberá volver a recorrer el proceso de su superación.

Dicho esto, puede comprenderse una preciosa imagen con la que Klein nombra una de las labores necesarias en un duelo: la necesidad “fortalecer su confianza en la persona amada perdida” (1940, p.357). Si bien mediada por las fantasías propias de la infancia, este objeto interno ideal que es la reconstrucción para su conservación de dicha persona, puede tornarse amenazante a partir de una realidad que confirma una y otra vez su ausencia.[3] Construir esta confianza implica superar las ambivalencias libidinales propias de los vínculos edípicos, pero también, nuevamente especificando a Freud, un modo muy concreto y bello de pensar el proceso de sedimentación de identificaciones que es el yo.[4] Éste se realiza en conjunto con este complejo de objetos buenos propios de la infancia, centrados por supuesto en la madre y el padre. La equivalencia con este proceso infantil es precisamente el carácter *transitorio* del mismo, que sería también propio del duelo, según la afirmación de Freud -y referida por Klein- de que rara vez consideramos este estado una enfermedad, a pesar de poseer características similares, y confiamos en dicha transitoriedad. El fracaso en el trabajo de duelo dependerá, para Klein, en buena medida de “no haber sido capaces, en su temprana infancia, de establecer objetos buenos internos y de sentir seguridad en su mundo interno” (Klein, 1940, p.371). Si la autora pone las notas aquí para pensar la pervivencia del objeto, vemos que Allouch se inclina a indagar más las condiciones sociales de la pervivencia de dicho recuerdo, distinto por ejemplo para una persona cristiana y una atea. Nuevamente, ante todo el interés es multiplicar los ámbitos de indagaciones e intervenciones clínicas.

A modo de cierre: duelo y soledad

Si bien es cierto que en Klein el duelo a todas luces radica en un trabajo individual con el propio mundo interno, es de mucho interés este juego mutuo entre las fantasías y la realidad efectiva. La fortaleza para permitirse confiar en los objetos interiores, nos dice la autora, no es ignorando el rol que cumplen

los objetos de amor exteriores que puedan venir en auxilio de la situación que se atraviesa. No como complemento accesorio de un trabajo que es sólo individual, sino recordando que dichos objetos interiores -inclusive el que se ha perdido- resultan de la introyección de objetos de amor exteriores, bajo la configuración yoica de la fantasía. Aún más que Freud, a nuestro entender, Klein nos permite pensar la permanencia de la pérdida, es decir, la singular presencia de aquello que en la realidad efectiva ha dejado de existir. Esto, a partir de su modo particular de considerar esta dinámica del mundo interno. Por su parte, Allouch parecería también dar con ese *there will never be another you*, pero en el mundo exterior: el lazo efectivo con un objeto que, en cierto sentido, sigue siendo otro, un paso más allá de su existencia psíquica. Lo que nos interesa aquí de todo este gradiente de modos de considerar el papel de la realidad efectiva es quizás esta suerte de gama de grises que se sitúan en lo que se considera libido “narcisista” y “de objeto”, llegando a un punto en que quizás sea difícil a veces distinguir lo que allí está implicado. Y en su conjunto, quizás esto abre un interrogante que quisiéramos formular a modo de cierre: si para Allouch este vínculo sigue implicando a lo otro, y para Klein el trabajo sobre el mundo interno, propio de la fantasía, está siempre vinculado a las modulaciones que la realidad exterior produce en él, ¿en qué medida un duelo es un proceso solitario?

Una de las cuestiones derivadas de esta concepción del duelo -nos dice Allouch- se trata del supuesto trabajo en soledad que debería simplemente respetarse, propio del retraimiento de la libido sobre sí que conllevaría la elaboración del duelo y la incapacidad de investir el mundo. En su trabajo, Allouch remite en este punto a los consagrados estudios de Philippe Ariès, especialmente su *El hombre ante a la muerte* (1977). Toma de allí una observación de mucho interés: hasta aproximadamente el siglo XVIII, un duelo no era considerado para nada una cuestión individual o solitaria. Al contrario, se trataba de algo que incumbía a la comunidad. Sería con la constitución de lo que Ariès (1977) llama la “muerte ajena” que, a partir del romanticismo, se traslada esta escena a la interioridad del individuo al cual no se puede casi ayudar y, además, a los espectáculos que conocemos en los cementerios. Ariès reprocha allí a la psicología de su tiempo el haber dejado de lado casi en su totalidad la dimensión social del duelo, según la cual sería incluso llamativo esperar que alguien pueda transitar algo así en soledad y llegar a buen puerto. Y esto, fundamentalmente, tendría lugar a partir de una crítica histórica que muestra la contingencia de las maneras de tratar con la muerte en occidente. Llegado este punto esta suerte de continuidad tejida entre mundo exterior e interior quizás nos invita a traer un último autor para un cierre. Y es que ha sido Winnicott quizás quien más bellamente ha situado las tensiones en esta distinción entre un yo y el mundo que harían existir en los inicios de una vida -y habría que debatir arduamente en qué medida esto realmente se agota alguna vez - una “realidad interior y vida exterior” (1971, p.19). Lo que quisiéramos pregun-

tarnos para concluir es si acaso esta particular metapsicología de Winnicott (1958) no nos permite tomar de otro de sus textos una clave para pensar los procesos de duelo. Nos referimos a aquel breve escrito sobre “la capacidad de estar a solas”. No puede decirse que no sea una cuestión estrictamente propia la soledad -de ausencia de objeto, diríamos- pero que sin embargo, no puede darse más allá de todo vínculo de objeto. La posibilidad de la soledad emerge gracias a la presencia de ese otro que nos sostiene para que hagamos dicha experiencia. Esto es, la caricatura de que podemos estar a solas en una habitación gracias a la garantía de que, en la otra, alguien nos espera, y eso nos permite hacer una experiencia de dicha soledad. Acaso algo similar ocurra con lo “solitario” del trabajo de duelo, que no es sin la presencia de esos otros, presentes o ausentes, vivos o no, afectando nuestro mundo interno a la Klein o poniendo en tensión la realidad con Allouch, pero habilitando una experiencia de nosotros mismos a partir de la singularidad de una ausencia.

NOTAS

[1] Link para escuchar la versión referida: <https://www.youtube.com/watch?v=3xpcBx1Gm-c>

[2] Cohen, L. “Cómo decir poesía”, disponible en: <https://www.cronica.com.mx/notas/2016/994844.html>

[3] Aquí Allouch señala una aparente contradicción entre Freud y Klein que, en principio, no parece tan clara. El autor sostiene que, en Freud, el objeto perdido existe al interior del sujeto desde el inicio, mientras que en Klein este objeto existe hacia el final del duelo (*op. cit.*, p.52). Es cierto que el resultado de una laboriosa construcción se ubica al final del duelo, no obstante, quizás sería más preciso decir que el objeto sí existe desde el inicio, y que lo que se pierde en todo caso es su carácter de objeto bueno, que sí debe ser reconstruido.

[4] Esta ambivalencia haría posible pensar, según Klein, el paradójico “sentimiento de triunfo” que se encuentra a veces en el duelo normal, para el cual Freud indicaba no hallar una explicación, excluyéndolo como parte de un proceso normal (*op. cit.*, pp.356-360).

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (1997). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (trad. Mattoni). Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2011.
- Ariès, Ph. (1977). *El hombre ante la muerte* (trad. Armiño). Madrid, Taurus, 1983.
- Fernández, H. (2020). “El duelo, un proyecto a largo plazo” en *Para un psicoanálisis profano*. Buenos Aires: Archivida.
- Freud, S. (1921). “Psicología de las masas y análisis del yo” en *Obras completas XVIII* (trad. Etcheverry). Buenos Aires, Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1917). “La aflicción y la melancolía” en *Obras completas de Sigmund Freud IX* (trad. López-Ballesteros). Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires, Amorrortu, 2011.
- Klein, M. (1940). “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos” en *Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1963). *Seminario 10. La Angustia* (trad. Berenguer). Buenos Aires, Paidós, 2016.
- Segal, H. (1964). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Winnicott, D.W. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona, Gedisa, 2003.
- Winnicott, D.W. (1958). “The Capacity to be Alone” en *Int. J. Psychoanal.*, 39:416-420.